

Lección 11

10 de marzo de 1965

La última vez quedamos en el umbral de la demanda, de la demanda que nos importa, de la demanda analítica, de esa demanda en la que se inscribe el segundo piso de lo que se inscribe como frustración, en esa matriz que recordé la vez pasada en el tablero; de lo que en la teoría analítica moderna se plantea en efecto como central en una dialéctica concebida expresamente bajo ese término de frustración.

	<i>a</i>	<i>S</i>	<i>o</i>
<i>c</i>	?	S	i
<i>f</i>	A	I	R
<i>p</i>	I	R	S

Fig XI-1

Es esta ola en la que se sostiene esa dialéctica (que doctrinalmente tiene su origen en una referencia a la necesidad del sujeto, necesidad cuya desactualización sería lo que habría de rectificarse en la maniobra transferencial) la que nos lleva, la que nos empujó, desde que desarrollamos esta enseñanza, a demostrar sus insuficiencias generadoras de error. Es para rectificar esta concepción, en efecto necesaria, de la función de la demanda, en una referencia más ajustada a lo que concierne a la función de la transferencia, que intentamos articular de manera más precisa lo que sucede, por efecto de la demanda. Y cómo no se exigiría esto, si uno se percató de que al referir todo lo que sucede en la terapéutica a esta dialéctica de la frustración, se aparta, se deja a la deriva, en cierta forma se permite desenganchar, al nivel de un horizonte teórico, todo lo que constituye el rudimento, el fundamento, la raíz del mensaje freudiano, a saber, aquello con lo cual se origina en el deseo y la sexualidad.

Con lo cual, al “yo pienso” del sujeto del *cogito*, le sustituye un “yo deseo” que sólo se concibe en efecto como el más allá desconocido, nunca sabido por el sujeto, de la demanda, en tanto que la sexualidad que es el fundamento por el cual el sujeto (el sujeto en tanto que piensa, se sitúa, se soporta en la función del deseo), por el cual ese sujeto es el que Freud plantea, en el origen de su estatuto, como aquel al que, extrañamente, el principio del placer le permite radicalmente alucinar la realidad. Es ese estatuto, ese rudimento, el sujeto como deseante en la medida en que es sujeto sexual (que es aquello a través de lo cual, en la doctrina de Freud, se alucina originalmente, fundamentalmente, radicalmente la realidad), el que hay que acordar, recordar, coordinar, volver a hacer presente en la doctrina, con lo que sucede en el análisis mismo.

No podemos hacerlo refiriéndonos a la opacidad de la cosa sexual, del goce que sólo motiva de la más oscura manera, de la más mistagógica, la cosa en cuestión y que yo llamé

en alguna parte la *cosa freudiana*⁷⁸. Lo único que allí se ofrece a la comprensión es precisamente lo que le da a esa palabra su irrisorio sentido, a saber, que sólo se empieza a comprender bien a partir del momento en que ya no se comprende nada. Asimismo, ¿cómo una técnica, que esencialmente es una técnica de palabra, se infatuaria por introducirse en ese misterio si no contuviese ella misma su resorte? Por eso es indispensable tomar como referencia la referencia aparentemente más opuesta a esta oscuridad falsamente calificada como afectiva. Por eso el rudimento, el fundamento radical de la función del sujeto, en la medida en que es él quien determina el lenguaje, es el único rudimento que puede darnos el hilo conductor que nos permita a cada momento ubicarnos en un campo.

A algunos les puede parecer extraño que este año nuestras referencias hayan rozado lo que, con más o menos propiedad, oigo por aquí y por allá, por fragmentos, en un tono de queja, calificar de altas matemáticas. Altas o bajas qué importa, es cierto que no es por estar situada, como lo está, a un nivel de elemento, que sea en efecto ahí que sea la más fácil. Y no duden que esta desafortunada botellita, botella llamada de Klein, pronunciada *klain*, o de Klein pronunciada *clā*, como pronuncio yo, de la cual les doy cuenta este año, tal parece... tal parece que a los mismos matemáticos que se ocupan de ese campo bastante nuevo (no tan nuevo; todo depende de la referencia a la que se atenga uno en la historia), tal parece que, en efecto, si he de creerles a ellos mismos con quienes en ocasiones lo discuto, esta botellita no ha librado aun todos sus misterios.

¡Qué importa! No por azar es ahí donde debemos buscar nuestra referencia, puesto que la matemática, la matemática en su desarrollo de siempre, desde su origen euclidiano como ya saben, puesto que la matemática es griega de nacimiento, y toda su historia no puede negar que lleva su marca de origen, la matemática manifiesta, a través de toda su historia, y siempre de manera cada vez más brillante, más inundante a medida que nos acercamos a la época de nuestros días, manifiesta lo siguiente, lo cual nos interesa en sumo grado: que, independientemente de que se tome partido por tal o cual familia de pensamiento en las matemáticas, que preserve o que, al contrario, tienda a excluir, a reducir, hasta a anatematizar lo intuitivo, ese núcleo intuitivo que seguramente se encuentra ahí, irreductible, y le da a nuestro pensamiento ese soporte indispensable de las dimensiones del espacio (fantasmagoría insuficiente del tiempo lineal), los elementos más o menos bien articulados en la *Estética Trascendental* de Kant.

Queda que, sobre ese soporte, donde ven ustedes que no he incluido el número (aun cuando ese número, intuitivo o no, nos ofrezca un nódulo de consistencia, de opacidad a tal punto más resistente aun, lo ven ustedes), todo el esfuerzo (se trata de saber si ese esfuerzo llega a los matemáticos) consiste en operar esa reducción lógica del número que, por más lograda que nos parezca entre algunos, nos deja sin embargo en vilo ante algo sobre lo que los matemáticos dan fe de que es irreductible, ese algo que hace que a los números del predicado se los llame números *naturales*. Pero subrayo que (y atestiguado de la manera más brillante [en] todo lo más recientemente construido, y ustedes deben tener una idea de su dimensión, de la fabulosa abundancia que representa desde hace más o menos un siglo), que ahí se capta lo que ya puede captarse en Euclides, o sea que, es por vía de la exigencia lógica que resulta que, sobre la operación, cualesquiera sea, de la construcción matemática, y de manera que resista la contradicción, todo debe ser dicho.

Y ese todo debe ser dicho... es decir, independientemente del fragmento, del soporte extenuado de intuición que queda en ese algo que con seguridad no es el triángulo dibujado

en el tablero ni recortado en un papel, y que sin embargo es aun soporte visualizable, imaginación de la relación de dos dimensiones conjuntas que bastan para subjetivarlo, que a pesar de la mínima operación, la de una traslación, la de una superposición, es necesario que justifiquemos con palabras qué legitima este aplicar de un lado sobre otro, y de tal o cual de las igualdades sobre las que estableceremos las más elementales verdades, respecto a ese triángulo, todo debe ser dicho que nos lleva, ahora que hemos aprendido no solamente a manipular sino a construir a partir de muchas otras cosas de una complicación muy diferente a la del triángulo, sabemos que es a partir de ahí, de ese todo deber ser dicho que se construyó, que se elaboró, que se levantó todo lo que, en nuestros días, nos permite concebir esta matemática con esa extraordinaria libertad que sólo se define por lo que se llama cuerpo, es decir, el conjunto de signos que constituirán, para una teoría, aquello en torno a lo cual cerniremos ese límite, que nos obliga a servirnos únicamente de esos elementos individualizados por letras, más algunos signos que los unirán. Esto se llama el cuerpo de una teoría. Introducen ustedes cualquier igualdad de una de las ecuaciones tomadas de ese cuerpo con algo nuevo, puramente convencional, con lo cual le dan su extensión, y a partir de ahí eso funciona, es fecundo. A partir de ahí, tienen la capacidad de concebir mundos, no sólo de cuatro dimensiones, sino de seis, de siete... Hace poco me recordaban que el último premio otorgado, premio Nobel de las matemáticas, que se llama el premio Fields, fue para un señor que demostró que a partir de la séptima dimensión, la esfera, que hasta entonces había seguido siendo perfectamente homóloga a la esfera de las tres dimensiones, la esfera cambia completamente de propiedades; aquí ya no hay soporte intuitivo alguno; ya no nos queda sino el juego de puros símbolos.

Ahora, ese todo por decir, agotador, porque respecto al mínimo teorema ese todo por decir nos arrastra a escribir volúmenes, esta fecundidad del todo por decir... sobre la que hablaba recientemente con un matemático; fue de él que salió el grito “Pero en últimas ¿acaso no hay ahí algo que tiene cierta relación con lo que hacen ustedes en psicoanálisis?” ¿Qué le respondo? “¡Justamente!”. Por otro lado, ese todo por decir, una vez hecho, ya no le interesa al matemático. Para éste, así como para quienes lo imitan llegado el caso, los mejores entre los fenomenólogos, como lo dice Husserl en alguna parte, y justamente en ese breve volumen sobre *El origen de la geometría*⁶⁶, está que, una vez hecho, ese todo dicho lo está de una vez por todas; ya no queda sino ratificarlo, poner su resultado por ahí en alguna parte, y partir con ese resultado. Y si también es en esa dirección que debemos buscar nuestra eficacia operativa ¿cuál puede ser el homólogo de ese aspecto evanescente del todo dicho agotado, respecto a un punto en el que éste sigue siendo la construcción o más exactamente la diferencia, cuando se trata de ese decir todo? Con seguridad aparece aquí la diferencia, puesto que de otra manera, ¿por qué sería necesario volver a empezar para cada cual la exploración de esa relación, que sin embargo es una relación de decir, que es el psicoanálisis?

Por eso el interrogante radical sobre lo que concierne al lenguaje reducido a su más opaca instancia, la introducción del significante, nos llevó a ese intervalo entre el *cero* y el *uno*, donde vemos algo que va más lejos que un modelo, que es el lugar en donde hacemos algo más que presentirlo; donde articulamos que se instaura, titubeante, la instancia del sujeto como tal, al principio designada suficientemente por las ambigüedades en las que permanecen ese *cero* y ese *uno*, en los lugares mismos de la más extrema formulación logística. Dudo si debo hacer referencias demasiado rápidas y que sólo puedan llegar a ciertos oídos, al señalar que, el *cero* o el *uno*, que nacen en último término, y que están

efectivamente articulados, ¿por qué será el uno o el otro, según la operación, el uno o el otro el que vendrá a representar lo que se llama, en la formalización de dichas operaciones, el elemento neutro? O también, que es el intervalo entre el *ceros* y el *uno* donde se sitúa ese algo con el cual, en el conjunto, se diferencian los números racionales. Es en el intervalo entre el *ceros* y el *uno* que podemos demostrar la existencia de un “no enumerable”, lo cual no se aplica fuera de esos límites.

Pero ¿qué importa, si una vez recordado, situado (y a riesgo de verificar sus fundamentos más radicalmente con algunos) tenemos ese estatuto; ¿quién no nota que, por mucho grado de logicización, de purificación de la articulación simbólica que logremos en matemáticas, no hay manera alguna de plantear mudamente, en cierta forma, ante ustedes su desarrollo sobre un tablero? Me sería imposible, si estuviera aquí haciéndoles un curso de matemáticas, hacerlos seguir y oír mudamente (la cosa es reconocida por todos los matemáticos), simplemente poniendo en el tablero la serie de signos. Siempre hay un discurso que debe acompañar ese desarrollo, en ciertos puntos de sus virajes, y ese discurso es el mismo que aquel que yo les profiero por ahora, a saber, un discurso común, en el lenguaje de todo el mundo. Y esto significa, el sólo hecho de que eso haya... eso significa que no hay metalenguaje; que el juego riguroso, la construcción de los símbolos se extrae de un lenguaje que es el lenguaje de todos en su estatuto de lenguaje; que no hay más estatuto del lenguaje que el lenguaje común, que es tanto el de la gente inculta como el de los niños.

Puede captarse lo que resulta de esto respecto al estatuto del sujeto, sobre la base de esa evocación, e intentar deducir la función del sujeto de ese nivel de la articulación significativa, de ese nivel del lenguaje que llamamos λέξις, aislándolo, propiamente aislándolo de esta articulación misma y como tal; que aquí el sujeto, situado en alguna parte entre el *ceros* y el *uno*, se manifiesta como es, lo que me permitirán ustedes llamar por un instante, para darle imagen, la sombra del número. Si no captamos al sujeto en ese nivel por lo que es, que se encarna en el término de privación, no podemos dar el paso siguiente que consiste en aprender qué pasa con él en la demanda, en la φάσις por cuanto se dirige al Otro, es decir, que lo único que captaremos será la más insuficiente sombra en cuanto a lo que sucede, no cuando el sujeto hace uso del lenguaje, sino cuando surge de él.

En la introducción de una especie de breve apólogo tomado, no al azar, de una novela de esa extraordinaria mente que es Edgar Poe, *La carta robada* principalmente⁷⁶, que por razón de una cierta resistencia que presenta para esas especies de elucubraciones pseudo analíticas, sobre las cuales no puede uno dejar de pensar que debería renovarse, en el campo de la investigación, algo equivalente a lo que ven ustedes en los muros: PROHIBIDO BOTAR BASURAS... *La carta robada*, a diferencia de las demás producciones de Poe, parece defenderse ella misma bastante bien puesto que, en cierto libro que muchos conocen, en dos volúmenes, sobre Edgar Poe¹⁵, de una persona titulada, *La carta robada* no pareció propia para un poso de heces; *La carta robada* es en efecto algo diferente. Ese pasaje sutil, esa especie de suerte fatal, de enceguecimiento que un pedacito de papel cubierto de signos, de una carta que se necesita que no se conozca, lo cual quiere decir que aun quienes la conocen, es decir, todo el mundo, debe arreglárselas para no haberla leído. En efecto, en la introducción a este apólogo, bastante sugestivo para nosotros, di una especie de primer intento de mostrar la autonomía de la determinación de la cadena significativa, por el solo hecho de que se instituye como la sucesión más simple y

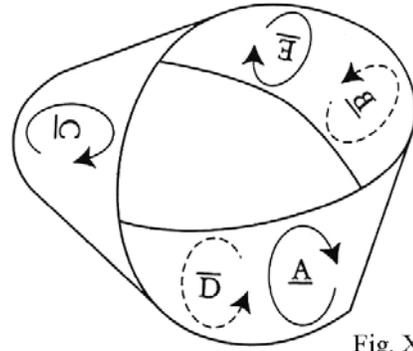
al azar de una alternancia binaria. Lo que puede engendrarse de ahí, a partir de agrupaciones convenientes pero no arbitrarias, de esa agrupación triple que, titulada en la articulación que di con letras griegas, recubre otra manera que habría tenido yo para expresarlas que es, darle a cada una de esas letras su sustituto de tres signos, donde cada uno habría sido o un *ceró* o un *uno*. ¿Por qué tres? ¿Qué es el signo central? Sólo me ocuparé de los dos signos extremos. La coherencia, la determinación original que resulta de esta pura combinatoria, depende en último término de lo siguiente: que recuerda radicalmente la suficiencia mínima que podemos hacernos de la alternancia de dos signos: el 0 y el 1. Lo que, de esos tres términos, les digo, va del 1 al 1, dejando vacío por el momento el término central, nos recuerda, en el estatuto del sujeto, la función radical de la repetición, y en qué la enunciación de la verdad se funda sobre una intransparencia fundamental. El paso del 1 al 0, símbolo del sujeto, y el del 0 al 1, nos recuerda la pulsación de este desvanecimiento, el más fundamental, que es en donde reposa, al analizarlo rigurosamente, el hecho de la represión y el hecho de que incluye en sí la posibilidad del resurgimiento del signo bajo la forma opaca del retorno de lo reprimido. Aquí, dije el *signo*.

Por último, esta pulsación del 0 al 0, que sería el cuarto término de esta combinatoria, nos recuerda, fundamentalmente, la forma más radical de la instancia del *Ich* en el lenguaje, que es la que intenté en otro punto soportar con ese pequeño *no* fugitivo que puede obviarse en el lenguaje, que es el que se encarna en “hasta que no venga”, “antes de que no llegue”, en esa instancia fugitiva del sujeto que se dice al no decirse. Pero habiendo planteado esto simplemente para puntuar en qué dirección referirlos para volver a hallar un apoyo en mi discurso pasado, quiero hoy acentuar también algo diferente, cuya importancia a fin de cuentas tal vez no haya imaginizado lo suficiente, aun cuando siempre intente hacerlo.

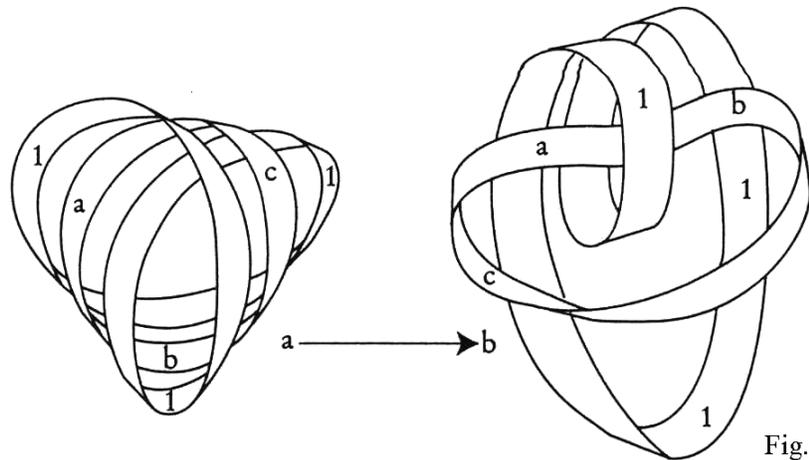
¿Qué relación, qué relación entre ese sujeto del corte y esta imagen (y esta imagen en el límite de la imagen, porque ya verán que de hecho no lo es) que intento hacerles presente aquí con ciertas referencias matemáticas como las que se llama topológicas y con cuya forma más simple me contentaré hoy... saben ustedes que es fundamentalmente la misma que la de la botella de Klein, de hecho se los recordaré y está inscrita, hace poco, en el tablero: la banda de Moebius. Sé que el comienzo de este discurso de hoy debió cansarlos, y por eso vamos a intentar hacer un poco de física divertida, algo que ya hice, no los sorprende; ustedes ya saben cómo está hecha la banda de Moebius.

Para quienes no habían venido aquí, la banda de Moebius consiste en tomar una banda y hacer que dé, antes de pegarla sobre sí misma, no una vuelta completa, no una vuelta completa, sino media vuelta, ciento ochenta grados. Con lo cual, lo repito para quienes no lo han visto aun, obtienen una superficie tal que no tiene ni derecho ni revés, en otras palabras, que sin pasar por su borde, una mosca o un ser infinitamente plano (como decía Poincaré¹²⁷) que se pasee sobre esta banda, llega sin dificultad al revés del punto de donde partió. Esto no tiene sentido alguno en cuanto a lo que sucede en la banda, puesto que, en lo que concierne a la banda, no hay ni derecho ni revés. Sólo hay derecho y revés cuando la banda se sumerge en este espacio común en el que viven ustedes, o en el que creen vivir, por lo menos. Entonces no habría problema, en cuanto a lo que puede situarse en esta superficie, no habría problema de derecho ni de revés y entonces no habría nada que permitiera distinguirla de una banda común; de la banda que, por ejemplo, me serviría de cinturón. No tendría la malicia de efectuar esta torsión final.

No obstante, en esta banda hay propiedades, no extrínsecas sino intrínsecas, que le permiten al ser que he supuesto hallarse allí limitado por su horizonte, en este caso es así, que le permiten no obstante darse cuenta de que se halla sobre una banda de Möbius y no sobre mi cinturón. Esto es lo que se define cuando se dice que la banda de Möbius no es orientable. Esto quiere decir que si el supuesto ser que se desplaza en esta banda de Möbius parte de un punto habiendo ubicado en un cierto orden su horizonte, A, B, C, D, E, F (pongan cuantas letras quieran [Figura XI-2]), si hace un gestoⁱ (en cierto sentido es la manera más rigurosa de definir la orientación), si prosigue su camino sin toparse con ningún borde, la primera vez que vuelva al mismo punto, encontrará la orientación opuesta, la palabra se leerá de manera palíndroma, en el sentido exactamente contrario. Esto es lo que constituye, para quien subsista allí, la originalidad de la banda de Möbius.



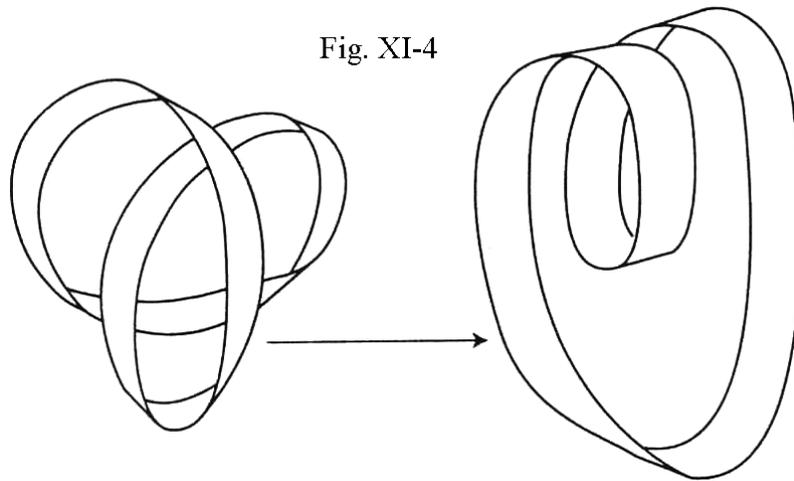
Bueno. Una vez recordadas esas verdades primeras, comienzo, como ya lo hice ante ustedes, a recortar el borde de la banda [figura XI-3a] y les recuerdo lo que ya les dije a su tiempo, a saber, qué sucede. Aparecen esos dos anillos [figura XI-3b], uno de los cuales sigue siendo lo que primitivamente era la banda de Möbius, es decir, una banda de Möbius, y el otro (saquemos la banda de Möbius) no es una banda de Möbius sino una banda enrollada dos veces sobre sí misma, una banda orientable en la que jamás le ocurriría al ser que subsista en ella la desventura de ver invertirse su orientación.



Si hago cada vez más ancho lo que retiro, voy a llegar a hacer un corte que pasa, como se dice, por en medio de la banda de Möbius, lo cual, se dan cuenta, no tiene estrictamente ningún sentido. ¿Qué obtengo al hacer que el corte pase por en medio de la banda de Möbius? Obtengo lo que habría ocurrido si hubiera reducido cada vez más la extracción de los bordes, ya no hay nada en medio, a saber, que al retirar de mi banda de Möbius lo que puedo encontrar allí a mi gusto, a saber, todo lo orientable, me doy cuenta de que lo que constituye la esencia de la banda de Möbius, es decir, su no orientabilidad, no yace

ⁱ *s'il fait un mot*: si da un paso, si dice una palabra.

estrictamente en ninguna parte salvo en este corte central que hace que yo pueda simplemente, al cortar esta banda de Mœbius, convertirla en una superficie orientable [Figura XI-4].



Entonces lo que constituye el carácter no orientable de la banda de Mœbius no es, de ninguna manera, la disposición de sus partes. Su propiedad no ha de buscarse sino, justamente, en el corte que es lo único que tiene la forma de la banda de Mœbius, a saber, lo único que, obligó, en un momento, a voltear mis tijeras, tal como lo vieron ustedes en la última operación. Para decirlo todo, lo análogo entre esta superficie de Mœbius y todo lo que la soporta, es decir, formas (llamémoslas, para su satisfacción y rapidez, formas abstractas) como las que hay aquí, algunas, representadas en el tablero; lo que constituye su esencia radica por entero en la función del corte. El sujeto, así como la banda de Moebius, es lo que desaparece en el corte. Es la función del corte en el lenguaje, es esta sombra de privación que hace que el sujeto está en la anulación que representa el corte; que está bajo esta forma, esta forma de trazo negativo que se llama el corte.

Espero haberme hecho entender suficientemente, y haber justificado al mismo tiempo esta introducción de la botella de Klein puesto que si miran de cerca su estructura, es lo que les dije, a saber, la conjunción, el enlace, en una cierta disposición que es necesario que vean ahora como puramente ideal, digamos, mejor que abstracta, la disposición de dos bandas de Mœbius, como se los representa lo que inscribí aquí en el tablero [Figura XI-5] y se los representaría aun mejor si, al carácter orientado de manera opuesta de los dos bordes que aquí son los de la banda de Mœbius, le sustituyese su desdoblamiento de la manera siguiente [Figura XI-6 y XI-6 bis]. Tal es el esquema de la botella de Klein.

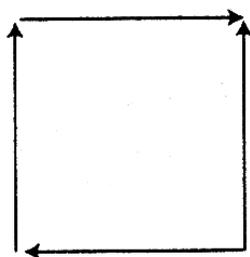


Fig. XI-5

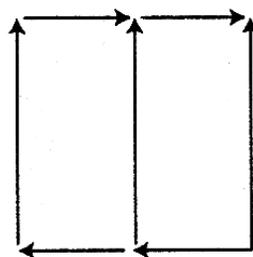


Fig. XI-6

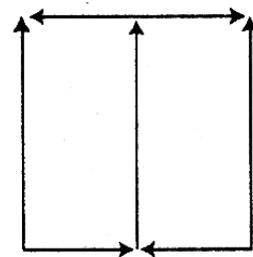


Fig. XI-6 bis

[Queda una incertidumbre respecto al dibujo del desdoblamiento de la banda de Mœbius. Por eso damos las dos versiones que se encontraron en las notas de los auditores. Como siempre, en esos casos, puede tratarse, o bien de un error de Lacan o de un error de anotación de sus alumnos, habida cuenta de la mala iluminación del tablero. La figura XI-6 bis parece concordar más con el comentario de Lacan: dos bandas de Mœbius de orientaciones inversas vueltas a pegar por su borde libre. Por otra parte, el sentido de rotación de la banda de Mœbius, levógiro o dextrógiro, no se deduce únicamente del sentido de los vectores, ya que se trata de un gesto, aquel con el cual se torcerá la banda en un sentido u otro, lo cual se aplica para los mismos vectores]ⁱⁱ

Esto, la introducción de esta forma de la botella de Klein, se destina a mantener, en estado de pregunta, para ustedes lo que concierne a esta conjunción del S con el A en la cual va a poder situarse para nosotros la dialéctica de la demanda. Suponemos que el A es la imagen invertida de lo que nos sirve de soporte para conceptuar la función del sujeto. Es un asunto que planteamos con ayuda de esta imagen: el A, lugar del Otro, lugar donde se inscribe la sucesión de los significantes ¿es ese soporte que se sitúa, respecto a aquel que le damos al sujeto, como su imagen invertida?

Porque en la botella de Klein, las dos bandas de Mœbius se unen en la medida en que, lo ven ustedes de manera muy simple, sobre la forma cuadrada que acabo de modificar yo mismo en el tablero, se unen en lo siguiente: que la torsión de media vuelta se realiza en sentido contrario. Si una es levógira, la otra es dextrógira. Esta es una forma de inversión muy diferente y mucho más radical que la de la relación especular, a la que viene efectivamente, progresivamente, con el tiempo, a sustituir en el progreso de mi discurso.

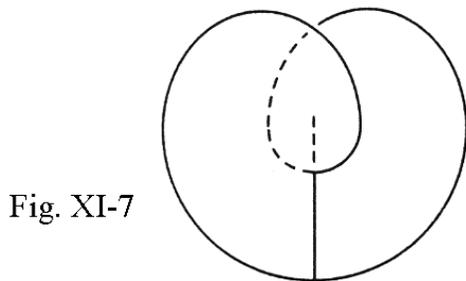


Fig. XI-7

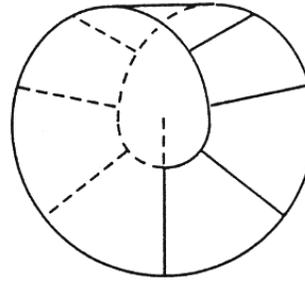


Fig. XI-8

Si una banda de Mœbius puede ocupar de esta manera respecto a otra esta función complementaria, esta función de cierre, ¿hay otra forma que pueda hacerlo? Sí, como resulta tan evidente desde hace mucho tiempo, puesto que la produje ante ustedes bajo otras formas; esta forma es la que se llama del *ocho interior*. Es decir, esta [Figura XI-7], que es una superficie perfectamente orientable, un simple redondel cuyo borde simplemente está torcido de una manera apropiada. Es una superficie orientable que tiene un derecho y un revés en la que basta con que le hagan la costura que esta disposición favorece, de un borde al otro, para ver que así crean efectivamente... que crean con ayuda de esta forma una banda de Mœbius [Figura XI-8]. Mantenemos esta forma (ya les introduje que su función es la de sustituir el círculo de Euler), por ser un instrumento indispensable, ya verán en qué sentido. Digamos ya que es lo que nos permite soportar esta otra función, la que yo llamo la del

ⁱⁱ Este comentario corresponde a la edición de la Association Lacanienne Internationale, ALI. También Michel Roussan agrega un comentario en el mismo sentido [N. del T.].

objeto a , y el acercamiento de esos dos complementarios, la otra banda de Mœbius en la botella de Klein y el a en esta, nos permite plantear una segunda pregunta. ¿Cuáles son las relaciones del objeto a con A ? ¡Vale la pena que se plantee la pregunta, caramba!

Si la teoría analítica deja en suspenso, y hasta a punto de dejar creer que deja abierta la puerta al hecho de que este objeto a , que identificamos con el objeto parcial, es algo que se reduce a una relación biológica, a la relación del sujeto vivo con el seno, con las heces o escibalos, con tal o cual forma más o menos encarnada del objeto a , donde la función del falo está por completo presente, la pregunta que merece plantearse es si el objeto a depende o no de la relación con el A , con el Otro, con el estatuto que debemos darle al Otro, al A respecto al sujeto. Y si debe serlo ¿en qué medida depende de esa relación específica con el Otro que simbolizamos como [¿se trata de $\$D$?], a saber, de la de la demanda?

De paso simplemente, déjenme anotarles, en cuanto a los usos que puede darnos, aunque no sólo para nosotros, también para los lógicos, esta forma del ocho interior; observen, observen hasta qué punto, en todo caso para nosotros, puede ser de gran utilidad. Porque supongamos que tengamos que definir (y no dejamos de hacerlo, y Freud mismo cuando enriquece su texto con tal o cual esquemita que él ilustra, lo hace), si debemos definir con un campo limitado, con un campo del tipo círculo de Euler, campo en el que vale, o prevalece el principio del placer, nos vemos llevados, tanto por la doctrina como por los hechos, a una sin salida. Esta sin salida nos lleva a hablar de un más allá del principio del placer, a saber, ¿cómo una doctrina que construyó su fundamento del principio del placer como lo que instituye como tal toda la economía subjetiva, puede introducir allí lo que resulta evidente, a saber, que toda la pulsación del deseo va contra esta homeostasis, ese nivel de mínima tensión que es el que busca respetar el proceso primario?

Observen cómo, por el contrario, y tal vez sea ésta una vía diferente a la que se llama puramente dialéctica para concebirlo, cómo por el contrario, no es sólo porque un círculo limita, define dos campos que se oponen (el bien y el mal, el placer y el displacer, lo justo y lo injusto), que se establece el vínculo del uno con el otro. Si al contrario nos obligamos a considerar que todo lo que se crea en el campo del lenguaje resulta necesario pasarlo por esas formas topológicas que, pondrán en evidencia lo siguiente, por ejemplo, que si definimos el campo de la banda de Mœbius [Figura XI-9] como el del reino, como siendo el del reino del principio del placer, ese campo estará atravesado forzosamente en su interior por el otro campo residual creado por esta línea que obligatoriamente tendremos si nos imponemos definir los campos opuestos no como se lo hace habitualmente, sobre una esfera (esfera infinita, si quieren, la de un plano), sino sobre una esfera que recorte un campo interior, un campo exterior, nos obligamos a hacerlo sobre esto [Figura XI-10] en la que reconocen ustedes (hoy no puedo volver a empezar su deducción) la imagen que se llama *gorro cruzado*, que es exactamente

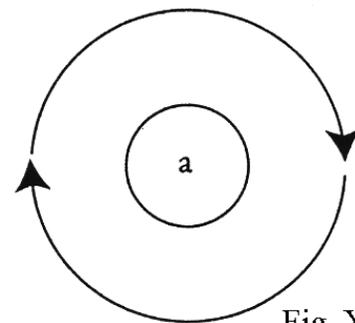


Fig. XI-9

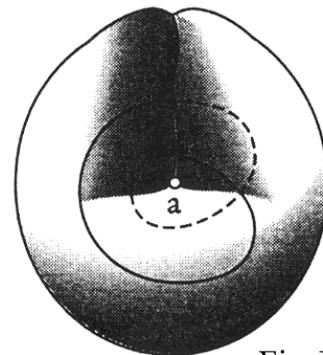


Fig. XI-10

aquella en la que podemos crear la división de una banda de Möbius (verifiquen, verán que ese campo es una banda de Möbius), y esto, este campo interno, este campo del objeto *a* con el que aquí hago el uso lógico que sigue, ese campo excluido del sujeto, campo del *displacer*, ese campo del *displacer* atraviesa obligatoriamente el interior del campo del *placer*. Y nos quedará, a partir de ese modo de concebir, pensar el *placer* como necesariamente atravesado por *displacer*, y distinguir allí lo que hace, en esta línea que atraviesa, lo que separa el puro y simple *displacer*, es decir, el deseo, de lo que se llama *dolor*, con su poder de *investimento* que Freud distingue con tanta sutileza y para el cual el interior, el interior mismo de la superficie que hemos llamado *a*, que igualmente podríamos llamar de otra manera muy diferente en este caso (a saber, la *porción*, o como quieran), es en la medida en que esta superficie es capaz de *atravesarse a sí misma*, en la *prolongación* de esta *intersección* necesaria, que situaremos ese caso de *investimento narcisista*, la *función del dolor*, de otra manera: lógicamente; propiamente hablando, en el texto de Freud es *impensable*, aunque esté admirablemente elucidado.

Por supuesto, lo único que hace esto es recubrir cosas bastante conocidas desde hace mucho tiempo, y me ahorré darles aquí la primera frase del capítulo II del *Tao tō King*⁹², porque también habría sido necesario que comentase cada uno de esos caracteres. Pero para cualquiera que se tome el trabajo de *aprehender su referencia*, esos caracteres son tan *significativos*, que no puede creerse que no haya algo de la misma vena lógica en lo que se *enuncia*, en ese punto original para una cultura, al igual que para nosotros ha podido serlo el *pensamiento socrático* en lo que tiene de original. “*Que, para todo lo que concierne al cielo y a la tierra, que todos (el término universal está bien, bien aislado, y plantea la función de lo afirmativo universal como tal) que todos sepan lo que concierne al bien, entonces, es de ahí que nace lo contrario; que todos sepan lo que concierne a lo bello, entonces es de ahí que nace la fealdad*”. Lo cual no es pura *vanidad*, decir que, por supuesto, definir lo bueno es definir al mismo tiempo el mal. No es un asunto de *frontera*, de *oposición bicolor*, es un *nudo interno*. No se trata de saber qué se *distingue*, en cierta forma, como se *distinguirían* las *aguas superiores* y las *aguas inferiores* en una *realidad confusa*; de lo que se trata no es de que sea cierto o no que las cosas sean buenas o malas (las cosas son), es de decir lo que *concierne al bien* que hace *nacer el mal*; el hecho, no que eso sea, no que el *orden del lenguaje* venga a *recubrir la diversidad de lo real*, es la *introducción del lenguaje* como tal lo que hace, no *distinguir, constatar, ratificar*, sino lo que hace *surgir la travesía del mal* en el campo del bien, la *travesía de lo feo* en el campo de lo bello.

Esto es esencial para nosotros, *capital* en nuestro progreso, ya lo veremos. Porque se trata ahora de pasar de esta *articulación primera* de los efectos de la *λέξις*, aislada en cierta forma de manera *artificial*, en el campo del *Otro* y saber cuál es ese *Otro*. Ese *Otro* nos interesa en la medida en que nosotros, los *analistas*, tenemos que *ocupar su lugar*. ¿Desde dónde *interrogaremos* ese lugar? ¿Partiremos, para avanzar y porque la hora nos pisa los talones, partiremos de la *fórmula* en torno a la cual hemos intentado hasta hoy *centrar el enganche*, el *abordaje de la actividad analítica*, a saber, el *sujeto supuesto saber*? Porque por supuesto el *analista* no podría concebirse como un *lugar vacío*, *lugar de inscripción*, *lugar* (es un tanto diferente y ya veremos qué quiere decir) de *repercusión*, de *resonancia pura* y simple de la *palabra del sujeto*.

El sujeto llega con una *demanda*. Es burdo, ya les dije, resulta escueto, hablar de esta *demanda* como pura y simplemente *originada en la necesidad*. La *necesidad* puede llegar a

hacerse presente, a encarnarse, a través de un proceso que conocemos y que llamamos proceso de *regresión*, a hacerse presente, a hacerse instante en la relación analítica; es claro que al principio el sujeto llega a instalarse en la demanda, pero que nosotros tenemos que precisar el estatuto de esta demanda. Es cierto que precisar ese estatuto nos obliga a rechazar de entrada el esquema, insuficiente y escueto en todo caso, que promueve la teoría de la comunicación. La teoría de la comunicación, que reduce el lenguaje a una función de información, al vínculo de un emisor con un receptor, puede dado el caso prestar ayudas, ayudas limitadas de hecho, puesto que igualmente su origen, en todo caso, si no se lo separa del lenguaje, implicará, en su uso (hablo de los esquemas de la doctrina de la información) todo tipo de elementos que confunden. Es inadmisibles referir a la ordinalización o a la cardinalización que sea, en función de un horizonte reducido a la función recíproca del código y del mensaje, todo lo que concierne a la comunicación. El lenguaje no es un código, precisamente porque, en su mínimo enunciado, acarrea con él al sujeto presente en la enunciación. Todo lenguaje, y más aun el que nos interesa, el de nuestro paciente, se inscribe, es bien evidente, en un espesor que sobrepasa en mucho el de la información, lineal, codificado.

La dimensión de lo pedido [*commandé*], la dimensión de lo mendigado [*quémandé*], la dimensión del *to demand* en inglés, el *demand* es una fórmula más fuerte que en nuestra lengua. *Demand* en inglés es exigencia, y sólo podemos sonreír ante el artículo de alguien que, habiendo llegado a ser un especialista del tacto en psicoanálisis hizo un gran descubrimiento, descubrimiento maravilloso por los efectos catastróficos que tuvo, cuando abordó la interpretación de tal o cual de los rodeos del discurso de su analizada, diciéndole que ella pedía, *to demand*, haciendo uso del *to demand* en vez del *to need*. Sólo una profunda ignorancia de la lengua inglesa, como de hecho ocurría en esa época, de ese recién llegado a América, puede explicar lo brillante de tal descubrimiento, mendigar, es decir, *to beg*, la posición opuesta. Está entre ese *to beg* y ese *to demand*, ese pedir y ese mendigar, que para nosotros, se los señalo, no tiene en absoluto el mismo origen. No es porque las palabras lleguen a asimilarse a, la adversidad y la significación en el uso de la lengua, que podrían ustedes relacionar mendigar [*quémander*] con alguna conjugación entre *quey* y *mandare*. *Quémander* viene de *caïmand* que designaba el nombre de un mendigo en el s. XIV. Habiendo dicho esto de pasada, es en esta dimensión donde debemos interrogar primero la demanda, en la dimensión de saber, a falta de poder referirnos de manera alguna por supuesto, a alguna teoría extraplana de la transmisión de lo que sucede en el lenguaje como algo que se inscribe en términos de información, ¿en dónde vamos a buscar el espesor? ¿Acaso en el sentido de la expresión de aquel que se pronunciaba de la siguiente manera: que en últimas, toda palabra es sincera, puesto que con la palabra que sea, lo que expreso es justamente ¡el estado de mi alma!?, como está en alguna parte en Aristóteles, al comienzo del *Περὶ Ψυχῆς*⁵.

Esa gente seguramente tenía noble el alma... e igualmente de hecho, habría cierta mala fe al aislar del contexto lo que escribe Aristóteles a ese nivel. Lo que escribe Aristóteles nunca debe rechazarse tan rápidamente. Como quiera que sea, es leerlo de cierta manera la fuente de muchos errores.

La idea de que el lenguaje expresa siempre, en cierta forma, en oposición a lo comunicado, algo que sería el fondo del sujeto, es un pensamiento radicalmente falso, y al cual no podría entregarse especialmente un analista. ¿Se imaginan ustedes que cuando les hablo, les hablo

de mi estado de ánimo? Intento situar lo que concierne a las consecuencias de tener precisamente que situarse, de tener que habitar el lenguaje articulado. Y esto puede proseguirse hasta sus últimos límites, a saber, hasta la forma más elemental, la más reducida, de lo que concierne a un enunciado, de un enunciado reducido éste a la interjección, como se expresaron los autores, desde Quintiliano¹³², respecto a las partes del discurso.

Interjección, frase reducida, comprimido de frase, holofrase como dirían algunos, empleando uno de los términos más discutibles, interjección es, en el pensamiento de los antiguos retóricos, algo que debe aislarse dentro de la frase, y muy precisamente algo que hace surgir la imagen y la función del corte. ¿Una interjección sería, independientemente de cómo la planteemos, como se la ve planteada tan fácilmente y tan frecuentemente como algo que sería la pura y simple exclamación, algo cuya sombra traza esa puntuación que se llama signo de admiración? ¿Acaso al mirar una cosa, tal como sucede más allá de las apariencias simuladoras, no pueden ver ustedes que no hay una sola exclamación, por muy reducida que la supongan en la vocalización, que no sea (sienten ustedes claramente que hay una palabra que todavía no quiero pronunciar, es la palabra *grito*) que no sea un grito? Si digo ¡ah! en cualquier momento que sea... y hasta, saliendo de un *knock-out*, te llamo, y si digo ¡oh!, es una especie de puesta, es una O que voy a depositar en alguna parte del campo del Otro [*Autre*], para que ahí sea como germen, yo te *otrifico* [*autrifie*] o yo te *avestruzo* [*autruche*], como quieran. Y si digo ¡eh!, pues entonces es, eh, te espío, sí.

En la interjección siempre está esta función infinitamente variada. Tomé los términos más burdos y adrede los más elementales, pero hay por supuesto otras interjecciones. Todos los que se hayan detenido un poco sobre el problema... y sólo tengo que rogarles que se refieran al libro de Brøndal sobre las partes del discurso donde verán que él siente la necesidad de darse cuenta de que hay interjecciones que serían calificadas como situativas, resultativas, suputativas. No hay interjección que no se sitúe exactamente en alguna parte en el corte entre el S y el A, entre el S y el lugar del Otro, lugar del Otro en que el Otro está presente.

¿Voy a llegar hoy hasta el grito o reservo su función para la próxima vez? Creo que adoptaré la segunda posición porque además será ahí donde se hará bastante bien el corte. Empiezo la próxima vez hablándoles del grito porque no puedo separar lo que tengo que decirles sobre el grito de lo que tengo que decirles sobre lo que, por lo que dicen personas bienintencionadas (es cierto que se están luciendo en otra parte, en lugares donde se habla de manera muy extraña de las relaciones analíticas) de lo que una persona bienintencionada declaró haber buscado de todo corazón al milímetro en mis *Escritos*: al parecer, ¡en ninguna parte estaría el lugar del silencio!

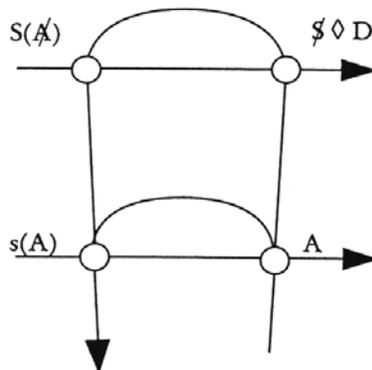


Fig XI-11

Pues bien, si esta persona hubiese buscado mejor y ubicado en mi grafo la fórmula, el esquema, la articulación que conjuga la \$ con la D juntados por el rombo conjunción/disyunción, inclusión/exclusión, tal vez se habría dado cuenta de que si es justamente en correlación con la demanda que aparece ahí por primera vez el \$ [S tachado], tal vez no deja de tener relación con esta función del silencio. Pero, a decir verdad, se prefiere más hablar al respecto, en ciertos lugares, en términos emocionales, o de efusión. Es en esta hora de silencio que un analista (cuyo perfil en últimas no tengo por qué dejar de esbozar aquí, puesto que tendré que volver sobre ello como a un ejemplar típico de una cierta manera de asumir la posición analítica), es ésta la hora en que la solución de la neurosis de transferencia para él (y resultó ser un público bastante numeroso el que fue a oír semejantes garantías), en que la solución de la neurosis de transferencia se halla en el procedimiento llamado de *aireación*, como se expresa ¡se abren las ventanas! Solución recomendada para la neurosis de transferencia. Es cierto que tras una cierta manera de articular la transferencia misma, mal se ve en qué orden de referencia podría hallarse la indicación para su solución. Entonces, la próxima vez les hablaré del silencio para empezar mi discurso, cuando les haya hablado del grito.

Pero hoy para terminar con algo que, luego de una sesión, dios mío, tan ruda, pueda distraerlos, para que puedan llevarse algo un poquito divertido, voy a contarles un cuento que podrán ver reproducido en el año 1873 del *Diario*³⁶ de Dostoievsky. Es una ilustración que, si puedo decir, tomé para ustedes como manera de presentificar, de dar imagen a lo que acabo de decir sobre la interjección, en otras palabras, sobre la frase ultrareducida, hasta monosilábica, y van a ver que una interjección, por mucho que se la suponga surgiendo de no sé que última radicalidad, es algo muy diferente a lo que podemos pensar así; que, al contrario, está esencialmente [...] no sólo en el límite del sujeto y del Otro, sino en la presentación del mundo del sujeto al Otro, en la instauración misma de sus más radicales fundamentos. Dicho esto, prepárense para verla ilustrada de manera humorística.

Dostoievsky cuenta que una tarde, bogando por las calles de Moscú, resultó navegando de concierto con un grupo de unas personas bastante bien vodkaizadas. Esas personas, como es de rigor, estaban en un debate bastante animado en que se trataba de nada menos que de las más universales referencias, cósmicas, y lo que nos pinta es lo siguiente. De repente, uno de ellos concluye ese debate lanzando, nos dice (es ruso, no puedo hacer aquí vanos juegos con una lengua que no conozco, buscaremos un equivalente), se trata de una palabra, nos dice, de cualquier forma impronunciable. Esa palabra, la pronuncia como una especie de golpe de desprecio universal, “definitivamente, todo es pura...” lo que piensen, dicho esto de la manera más convencida. A lo que otro, más joven e igualmente, en la punta de sus alas, se acerca y repite la misma palabra, igualmente impronunciable, con un tono interrogador. Luego de lo cual surge un tercero, que suelta la misma palabra a manera de un rugido, de un ladrido hacia el cielo a punto de romperse la voz... una especie de entusiasmo, tras lo cual el segundo que habló se acerca sin embargo al primero y dice “entonces, caramba, hablamos de cosas serias; estábamos al nivel del debate filosófico, ¿qué viene usted a introducir aquí, dice, reventándose la voz?, gracias a lo cual el cuarto (porque hasta ahora sólo habían intervenido tres; notaron que hasta ahora he dado cuatro réplicas), el cuarto interviene entonces, hablando de quinto, y reproduce la misma palabra, esta vez a manera de una revelación, de un ¡eureka! Acaba de iluminarlo la verdad, ésa es la palabra que es clave de todo. Con lo cual, otro, de aspecto más hosco, nos dice Dostoievsky, repite

varias veces en voz baja esa palabra como para decir que, en todo caso, conviene no perder la cabeza. Lo cual da algo más o menos así:

- “ 1.- ¡Mierda!
2.- ¿mierda?
3.- ¡MIERDA!
2.- ¿mierda!?
4.- ¡MIERDA!
5.- mierda, ¿mierda? mierda... mierda...”

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com